

Rosa

Contiene

Cuentos para niños.
 Concursos.
 Poesías.—Historietas.
 Pasatiempos.
 Colaboración infantil.
 Croniquilla.
 Cuentos y Leyendas
 regionales.
 Crítica y Efemérides.
 Correspondencia.



Todo
 para
 niños

Azul

15

Céntimos

Brénoxa

INTERESANTE.—Véase regalo en la plana 2.^a de la cubierta.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 15 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA.—Número suelto: 15 céntimos.

Redacción y Administración: Jardines, 15.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

ESPAÑA.—Un año: 52 números de la Revista y el mapa 6 pesetas.
— Sels meses: 26 ídem íd. y 10 tarjetas..... 3 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista y un mapa .. 12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)

de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza, sellos que no excedan de una peseta, sobre monedero ó en la forma que más le convenga.

REGALO.—Al elevar á quince céntimos el precio de ROSA Y AZUL ofrecíamos ir mejorando las condiciones de la publicación, sin decir en qué consistían las mejoras, porque nos agrada más dar que ofrecer. Algunas de las reformas ya se han introducido, y á diario recibimos cartas en que las aplauden. Hoy, deseosos de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa, ofrecemos como regalo un

MAGNIFICO MAPA DE ESPAÑA

estampado en una de las principales casas litográficas de Suiza. Tanto por su tamaño, 100 por 75 centímetros, como por la finura de los colores, el papel y los tipos de letra que se han empleado para la estampación, hacen del

MAPA DE ESPAÑA

un medio de instrucción para los niños y un objeto digno de figurar en todos los Colegios, Despachos y Oficinas. A todos los que se suscriban por un año, con el envío de los ejemplares haremos la remesa del mapa, debiendo remitir 25 céntimos los que deseen recibirle certificado.

Y á fin de que el regalo llegue también á manos de los que compran ROSA Y AZUL en los puestos, insertamos un **cupón-regalo**, y haremos entrega del mapa á todo el que nos presente 52 cupones con la numeración correlativa.

Precio de venta del mapa: 3 pesetas en toda España.



Si esto no fuera hacerle demasiado honor, publicaríamos en estas columnas el nombre de un individuo que se ha he-

cho merecedor, no del odio de sus conciudadanos, que Jesucristo nos enseñó á perdonar las ofensas del prójimo recibidas; pero sí al desprecio de las personas que de honradas se precien.

El hombre se acordó de que sus convecinos le habían elegido, otorgándole inmerecido honor, para ocupar un elevado puesto; y no sabiendo cómo distinguirse pensó echárselas de hacendista, aunque tanto entendía de esto como yo de hacer zapatos.

—¡Ah, señores!—debió decir á sus colegas poseído de *santa* inspiración—. ¡Ah, señores!... Aquí estamos despilfarrando la Hacienda; aquí es preciso hacer economías; aquí debemos suprimir gastos inútiles...

—Soy de su opinión — agregaría uno de los oyentes con voz y voto—. Pero ¿qué economías podemos introducir en el presupuesto?

—Las que sean. Adonde no hay más que dos, no se debe de gastar tres.

Ante esta perogrullada, ante esta profunda

afirmación, ante esta erudición profunda, sus compañeros le concederían un voto de confianza para que plantease y resolviera las tan urgentes y cacareadas economías.

¿Y sabéis lo que hizo?

Pues echar á la calle á cinco niños que estaban recogidos en la casa de Beneficencia; con lo cual consiguió una economía de *diez reales* diarios; que no importará mucho más la cantidad consignada en presupuesto para cada asilado.

Pero no os parezca insignificante la cantidad, porque al cabo de un mes la Diputación se habrá ahorrado quince duros, y ¡912,50! pesetas al año.

Y con ese ahorro ya pueden nivelarse los presupuestos de la Diputación y dormir tranquilos los señores Diputados, en la seguridad de que no han de dejar de percibir sus dietas, ni de tener azucarillos para el agua.

Corazón de hiena han dado en llamar á este señor aquellos que le elevaron al puesto que hoy ocupa; y verdaderamente es preciso tener instintos crueles y sanguinarios para arrojar á la calle á las infelices criaturas que vinieron al mundo con el estigma de la desgracia.

Si este señor tuviera hijos..., no lo quiero decir. ¡Qué culpa tienen los pobres de que Dios les haya dado por padre á tan gran economista!

El castigo le lleva en su innoble acción; porque cuando vaya por aquellas calles en donde se desarrolló su infancia y creció su estulticia, las gentes le señalarán con el dedo diciendo: «¡Ahí va *Corazón de hiena!*»

BEBÉ.

EL PREMIO DE UNA ACCIÓN BUENA

PEPILLA era una de esas muchachas que con frecuencia veréis por las calles, alegres y vivarachas, con las mejillas arreboladas, el andar gracioso, luciendo la gallardía de su cuerpo, cubierto con modestos vestidos, y al brazo la larga caja de madera, en que va encerrado el rico vestido para la Marquesa de *A* ó la Duquesa de *B*.

Hija de unos modestos obreros, comenzó



el oficio de modista cuando apenas había cumplido los trece años. Y fué de ver el afán con que la chiqueta se aplicó para que la maestra le diese alguna cosilla los domingos, después del remate.

Cuando entregó á su madre la primera peseta, experimentó un goce indecible. Ya sabía Pepilla que aquella moneda no valía nada; pero representaba una prueba de que, andando el tiempo, podría ser útil á sus padres y á sus hermanos.

Y vaya si lo era. Tan pronto como penetraba en su guardilla el primer rayo de sol,

ya estaba la muchacha saltando de la cama y, después de atusarse ante un pedazo de espejo, arreglaba la casa hasta dejarla como una tacita de plata. Su madre le reprendía algunas veces, porque con su alegre canturreo, semejante al que entonan los pajarillos para saludar la venida del día, no los dejaba dormir. No había tanta prisa. Ella se escudaba con decir que no quería ver á su madre apereada todo el día. Bastante le daban que hacer sus hermanos. Además, así podría su

madre sentarse á coser con más tranquilidad.

Por la noche, cuando volvía del obrador, ayudaba á su madre en las faenas domésticas, y aún le quedaba tiempo para coser trajecitos de

muñecas que, en un bazar, le pagaban con una miseria.



Había cumplido Pepilla los catorce años. Su padre acababa de morir de un enfriamiento, y su madre andaba malucha. La muchacha, que si no por la edad, era ya una mujer por su desarrollo físico, andaba desde hacía cerca de un mes buscando la ocasión para decir á su madre cierto secretillo; pero nunca la encontraba. Era cuestión metálica; de lo peor que se podía tratar en aquella casa, de la cual empezaba á enseñorearse la miseria.

¡Y ella que no podía seguir así!

Porque el problema era peliagudo: se trataba nada menos que de cambiar la falda rabricorta por otra que le llegara hasta el tobillo, porque los mozalbetes y los dependientes de las tiendas la decían bromitas mortificantes; y hasta un señorito de desvergon-

zado, un gomoso estúpido, le había pellizcado una pantórrilla.

¡Si ella tuviera cinco pesetas! ¡Había unos cortes de tela negra en algunas tiendas!...

Pero si tuviera las cinco pesetas le faltaría tiempo para entregárselas á su madre, á fin

todas sus escaseces y comprarse una falda larga, pero no de las que veía á cinco pesetas el corte, sino de aquellas otras que confeccionaban en su obrador; de aquellas de seda que crugían entre sus dedos, de los cuales algunas veces brotaba sangre á los pin-

de que pudieran remediar con ellas alguna necesidad. No; érale necesario aguantarse y sufrir con paciencia las bromitas de los importunos.

Pepilla, que era la de más confianza entre las nueve que asistían al obrador, recibió aquella mañana encargo de ir á cobrar una cuenta al palacio de los Marqueses de R.

Cuando la muchacha salía del palacio halló, á la vuelta de la esquina, una cartera con iniciales de oro. Cogiola Pepilla, y examinó su contenido. Tenía muchos billetes de Banco, algunos de mil pesetas, y varios documentos. La muchacha se guardó la cartera en el pecho, y siguió su camino. Pensaba que con aquel hallazgo podrían remediarse

chazos de la aguja que no podía resistir la dureza de la tela. La cartera pertenecía á un señor, del cual había oído decir que tenía muchos millones. Por aquellas pesetas perdidas no se quedaría en la miseria, como ellas estaban...

Pero en seguida pensó que aquella acción no era noble. Su madre le había dicho varias veces que el dinero mal adquirido no luce. Además, ¿quién le aseguraba á ella que había perdido la cartera su dueño y no un criado? No, no; devolvería el hallazgo y seguiría con



sus estrecheces, con su faldilla corta. Allí, dentro de la cartera, estaban varias tarjetas con las señas de su dueño, que coincidían con las letras de oro que ostentaba en la tapa.

Pepilla se presentó en casa de D. J. R., propietario de la cartera encontrada en la calle, y rogó al criado la introdujese á su presencia. Ella quería entregarle en propia mano la cartera, no por esperar recompensa, sino para tener la seguridad de que era su dueño.

Cuando estuvo delante del señor, Pepilla le saludó cortésmente; y luego, con el desparpajo propio de las madrileñas de buena cepa, le preguntó:

—¿Ha perdido usted hoy alguna cosa?

El señor miró de alto á bajo á aquella linda morenucha, mitad chiquilla y mitad mujer, y contestóla:

—Que yo sepa, nada.

—¿No es usted D. J. R.?

—El mismo.

—Pues entonces, regístrese usted bien.

Picado en la curiosidad, registróse D. J. R. los bolsillos, y exclamó:

—Efectivamente, he perdido una cartera de piel de Rusia, una futesa.

—Yo no sé cuál es la piel de Rusia; pero la cartera tendrá alguna seña.

—Unas iniciales de oro, las mías, J. R., en la tapa superior.

—¿Y adentro?

—Billetes, tarjetas, la cédula y algunos otros papeles. Pero ¿á qué viene ese interrogatorio?

Pepilla se volvió de espaldas á su interlocutor, metió la mano por entre la abertura de su blusa, sacó la cartera y, presentándola á D. J. R., le preguntó:

—¿Es ésta?

—La misma—contestó el señor, guardándola en un bolsillo sin examinarla.

Pepilla se despidió; y cuando salía de la lujosa sala, volvióse y dijo al caballero:

—Le voy á pedir á usted un favor.

—Pídeme lo que quieras; lo tienes concedido.

—Pues que examine usted lo que hay dentro de la cartera, para que vea si está completo.

Ante aquel nuevo rasgo de honradez, despertóse la caridad de D. J. R. que, inconscientemente, permanecía dormida, y preguntó á Pepilla:

—Oye, ¿adónde vives?

—En la calle de la Paloma, núm. 104.

—¿Tienes padres?

—Mi padre murió, y mi madre está enferma.

—Y tú, ¿qué haces?

—Soy modista y trabajo para ayudar á mi pobre madre.

—¿De manera que en tu casa lo pasáis mal?

—Sí, señor. Faltando el jornal de mi padre, y no pudiendo trabajar mi madre, con una peseta que yo gano ya comprenderá usted que no podemos echar coche.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Josefa López, señor. Con que, si no manda usted nada, que lo pase bien.

—Adiós, hermosa chicuela.

Y cuando Pepilla cogía el picaporte de la puerta, hasta la cual la acompañó D. J. R., dijola éste:

—¿Quieres darme un beso?

La muchacha dudó un momento; miró aquella cabeza poblada de canas y aquella cara severa, orlada de plateada barba, y acercando su hermoso rostro, coloreado por el rubor, le dijo:

—Sí, señor; con mucho gusto.

Después bajó la escalera canturreando como un pajarillo, y sin volverse á acordar del hermoso acto que había realizado.

Ni á su maestra, ni á su madre, dijo una palabra; justificando la tardanza con que la Marquesa no la había despachado pronto.

Al día siguiente, cuando Pepilla acababa de sentarse á la mesa, un fuerte campanillazo vino á turbar la empezada comida. Era un criado elegante, con sedosas patillas negras, que traía un abultado sobre. Apenas la madre de Pepilla le cogió, el doméstico saludó ceremoniosamente, y se retiró.

Abierto el sobre, fué grande la sorpresa de aquella honrada familia: estaba lleno de billetes, y una esquelita, con las iniciales J. R. timbradas sobre oro, en que decía: «Señora:

Tiene usted una hija adorable y digna, por su honradez, de las mayores recompensas. Hágame el obsequio de aceptar para ella el contenido de la cartera que ayer encontró en la calle. Lo ha ganado bien. Y si algún día se encontrasen ustedes en una situación aflictiva, y no se consideran ofendidas por ello, acudan á mí antes que á nadie, que tendré un verdadero placer en servirlos.—*J. R.*»

E. MAESTRE.



BADAJOS

EL RÍO DE SANGRE (1)

PARTIÓ el tren. Joaquín dijo el último adiós á su familia, que había salido á despedirle, y quedaba allí, en el andén de la estación, agitando los pañuelos.

- ¡Que escribas!
- Muchos recuerdos al tío Frasquito.
- Arrópate bien.
- Envíanos de la primer matanza.

Todos estos encargos le habían hecho entre apretados abrazos y estrujones de manos.

Joaquín iba á Badajoz, donde hallábase establecido un hermano de su madre, al amparo del cual pensaba dedicarse al comercio, aprovechando un negocio que se había presentado en buenas condiciones.

Tratábase de un deudor que había muerto, pero que liquidando su cuenta les había dejado en propiedad un almacén de embuti-

(1) En el próximo número *Los dos fantasmas*.—Burgos.

dos, al que habían puesto el extravagante nombre de *El río de sangre*. De sangre de cerdo, que ya se comprenderá no podía ser de otra.

Cuando Joaquín llegó á la famosa ciudad extremeña, su tío Frasquito le tenía preparado alojamiento y todo dispuesto.

Al día siguiente se hizo cargo del almacén. Era un caserón viejo y medio derrocado, que levantaba sus agrietadas paredes en uno de los arrabales. Al atravesar sus inmensas dependencias retumbaban las pisadas con extraños ecos, llegando á imponer pavor.

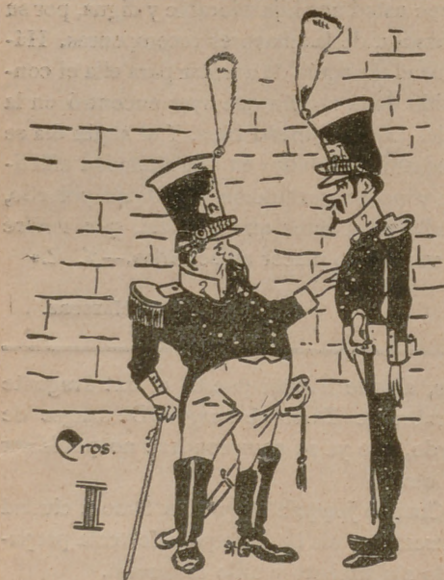
Joaquín no se hubiera aventurado, durante la noche, solo por aquellas bóvedas húmedas y oscuras como un sepulcro. La idea del anterior propietario muerto aumentaba sus recelos.

Así es que á la vuelta de algunos días tomó miedo al misterioso edificio, y comenzó á ver claro que lo que le habían presentado como un buen negocio distaba mucho de serlo.

Sobre no vender nada, tenía que gastar mucho en reparaciones. Pensó, pues, en cortar por lo sano y buscar un comprador para sacar de todo aquello el mayor dinero posible y volverse con su familia. Su tío Frasquito se opuso resueltamente.

—Déjame hacer á mí. Tengo una sospecha, y ya la sabrás cuando sea hora—dijo á Joaquín.

¡AQUELLOS TIEMPOS!



—¿Cómo se llama ese quinto tan buen mozo que vino ayer?

- Canuto Pequeño, mi coronel.
- A ese le nombra usted gastaor.
- Tenga en cuenta usía que no tiene barba.
- Bueno; que le pongan una postiza.

Este, temiendo encontrarse con el alma del muerto, sólo se atrevía á recorrer de día, y acompañado de alguien, aquellas inmensas salas, colgadas de jamones y de ristras de chorizos.

Su tío le llamó un día al despacho, y le dijo:

—Creo que en el almacén hay encerrado un tesoro.

—¿Será posible?

—Es una conjetura que hemos de comprobar. Rebuscando en los papeles del difunto he encontrado esto—advirtió desenrollando ante los asombrados ojos de Joaquín un amarillento pergamino.

Decía así:

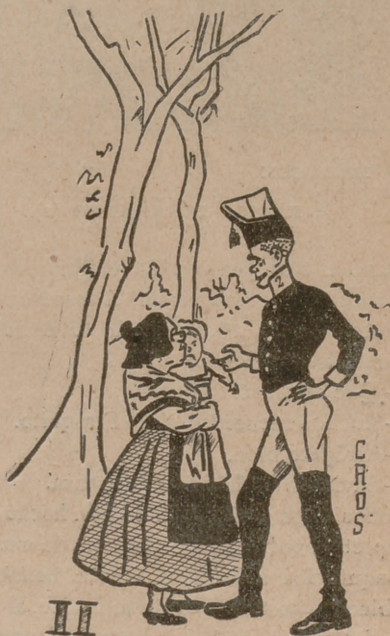
«En ésta casa hay algo que recompensará á la perseverancia. Buscad.»

El tío Frasquito añadió:

—Es indudable que el difunto pasó toda su vida buscando eso mismo que vamos á perseguir nosotros. Para no infundir sospechas estableció en aquella casa el almacén que para maldito le servía. Así podía pasar allí horas y más horas sin que nadie se maliciase.

Joaquín y su tío comenzaron las pesquisas. Registraron los desvanes, sin encontrar nada. Golpeaban las paredes; levantaban las baldosas del piso; hasta debajo de las tejas buscaron. En los demás pisos tampoco hallaron rastro alguno.

¡AQUELLOS TIEMPOS!



- ¡Colasa, estoy la mar de orgulloso!
- ¡Por qué, Canuto?
- S'ha enamorado el coronel de mi presona, y ha dicho que me nombren gastaor.
- Oye: ¿qué es eso?
- Un gastaor es el primero que va en la formación. ¡Ya me verás!
- Y me pondré muy güeca.

—No hay que desanimarse, muchacho —decía el tío de Joaquín—. Tengamos perseverancia; recuerda que sólo para ella es el premio.

Descendieron al sótano. Cuatro días se pasaron allí removiendo cachivaches llenos de polvo y suciedad. De pronto, al dar un golpe en una de las losas, sonó á hueco.

No tardaron en encontrar una anilla, y tirando lograron levantar pesadamente la piedra. Apareció una escalerilla que les condujo á una oscura cueva. Al encender una luz les sorprendió la vista de numerosos saquitos apilados contra las paredes. Acudieron presurosos á enterarse de su contenido, y lanzaron un grito de júbilo. Estaban llenos de oro.

—He aquí el premio á nuestro trabajo— exclamó el tío de Joaquín—. Esta es la recompensa á nuestra perseverancia. Si hubiéramos desistido, abandonándonos á la

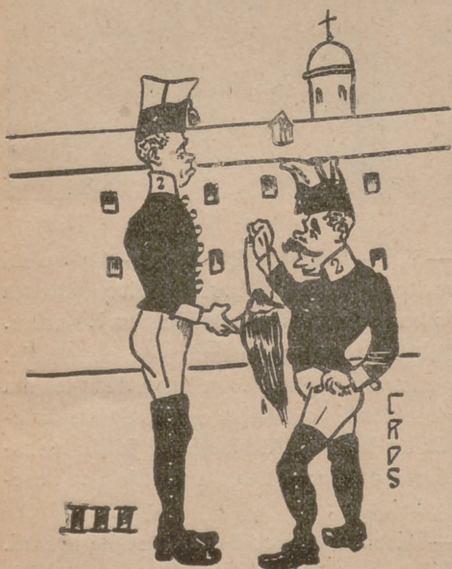
¡AQUELLOS TIEMPOS!



—¡Colasa, si soy yo!

—¡Quiá! Canuto no tenía esa pelleja.

¡AQUELLOS TIEMPOS!



—Ahí tienes esa barba, te la pones; y con la casaca y la granadera, ya *púes zalí de paco*.

pereza y á la holganza, seguiríamos como antes.

Vaciaron los saquitos, que contenían una regular fortuna. No hicieron mal empleo de ella, y merecieron por sus buenas acciones la estimación de todo el mundo.

Y *El río de sangre* fué para ellos el río de oro.

X. X.

ADVERTENCIA

En contestación á lo que nos preguntan varios suscriptores que lo eran con fecha anterior al 24 de Abril, decimos que, como ya se les entregó el regalo entonces ofrecido, no tienen derecho al mapa que regalamos ahora.



ALMA CARITATIVA

ARRASTRADA por dos lujosísimos caballos marchaba la berlina de los marqueses de X, conduciendo á la señora marquesa y su hijo, que regresaban de paseo.

El marquesito, niño de corta edad, y que llevaba el nombre de Angel, iba arrimado á una de las ventanillas del carruaje, fijándose en cuanto á su paso encontraba. Al bajar por una de las calles más céntricas les salió al encuentro un rapazuelo, con una porción de periódicos bajo el brazo, que comenzó á correr tras el coche.

Julián, así se llamaba el vendedor, iba descalzito, llevando cubierto su cuerpecillo con un pobre traje que, á juzgar por lo estropeado, revelaba ser de muy poco abrigo. En su rostro se retrataban el abandono, la miseria y la desesperación.

Los caballos iban á buen paso, y á Julián le era muy trabajoso seguirles. Las gotas de sudor cubrían ya sus mejillas. De cuando en cuando deteníase para tomar aliento, y luego continuaba con más afán su carrera.

Angel miraba con los ojos muy abiertos á Julián, y deseaba, como él, correr á sus anchas, pues esta era su diversión predilecta. Entreteníase en dar golpecitos muy suaves en el cristal, á los que el vendedor respondía con una mirada muy expresiva.

A Julián le era completamente imposible continuar corriendo.

Mas de pronto detúvose el carruaje ante una gran casa de aspecto señorial; bajó del pescante uno de los lacayos, y quitándose ceremoniosamente el sombrero, abrió la portezuela. Angel, sin hacer caso de los saludos, se apresuró á bajar, é inmediatamente se puso al lado de Julián. Este se acobardó al verse tan cerca de aquel señorito tan elegantemente vestido; quitóse la gorra, y le dijo:

—¿Quiere comprarme algún periódico? Los traigo muy bonitos: *Blanco y Negro*, *ROSA Y AZUL*, *Nuevo Mundo*...



—Sí, sí—le respondió Angel—; dame mi favorito, el *ROSA Y AZUL*; no hay Revista más bonita ni más instructiva para los niños.

Pidió dinero á su mamá para comprarle. La señora marquesa no se había dado cuenta de la escena, pues había estado dando órdenes á los lacayos. Al fijarse en Julián le inspiró compasión; entregó á su hijo una peseta, y le dijo:

—Dásela al pobrecillo, buena falta le hará.

Julián, al recibir la moneda, no pudo disimular su alegría; besó la mano de su protector, y pronunció estas palabras:

—Dios se lo premie, señorito.

Alejóse por fin de la casa, y atravesando calles y plazas, llegó á una callejuela estrecha; paróse ante una casita muy pobre, y dió dos pequeños golpes en la puerta. Una vez abierta ésta, apareció una mujer: era la madre de Julián. Avalanzóse sobre éste, nerviosa, diciéndole al mismo tiempo:

—¿Lo traes, hijo, lo traes?

—Sí, aquí está—respondió, mostrándole la moneda que había adquirido—; déme la receta, madre; voy inmediatamente á la botica.

Os extrañará este diálogo sostenido entre Julián y su madre. El motivo era que estaba enferma la hermanita del muchacho. El médico hablale recetado un medicamento cuyo precio era una peseta. En la morada de aquellos tres seres no había la menor cantidad de dinero. La pequeña suma que diariamente reunían era insuficiente para la satisfacción de las primeras necesidades. El padre de aquellas criaturas había muerto víctima de una desgraciada caída en la obra en que trabajaba. Su oficio era albañil. Durante su vida pasábanlo bastante bien, pues era inteligente y trabajador, viendo retribuídos abundantemente sus buenos servicios. A su muerte quedó aquella familia en la miseria, pues tardaron muy poco en consumir los pequeños ahorros que tenían.

Por eso aquel día anduvo Julián más listo. No acostumbraba nunca á correr tras los carruajes; pero la necesidad de reunir la consabida peseta le obligó á ello; y ya véis, queridos lectores, que no le fué mal, pues tardó poco en hallar un alma caritativa, la señora marquesa, que le sacó del apuro.

Una vez conocido el motivo de la conversacion de Julián y su madre, sigamos adelante. Entrególe la receta y se dirigió á la farmacia; despacháronle el medicamento; llegó á su casa, y tomólo la enfermita.

Aquel mismo día se notó su mejoría, y tardó muy poco tiempo en restablecerse.



De nuevo tomó aquel hogar su aspecto ordinario, que durante la enfermedad era bastante triste.




























La hermosa virtud de la caridad, que en alto grado poseía la señora marquesa, salvó la vida á la infeliz criatura.

LUIS CASTRO.

(Dibujo de Florentino Soria).

CARTAS ILUSTRADAS

A Dn. Ruiz Oles Madrid.
 Carca-,  26, 1000-900-6.

Muy mío y am- me  ulta una 
 l- que alg- 13/12 de los  -borado-
 de "La y Arul" tienen el gusto de componer y
 la  de remitir á dicho semana-
 (como V. es uno de ellos) pues + valiera que se con-
 2-an en otr- e- por que en esto no
 n ni una j; y esto no es que yo qui-
 -barne, ni , ni tampoco censurar á na-
 die,  amente es que he querido  ab-
 en un pe- dico ilustrado y como no estoy
 muy  to en escribir  con  .
 X esto e- endome  r p- ello, aqui H-
 ene V. mi trab- Gin  + X hoy del U. G. G.
 B. S.  Francisco Soria



EL MARINO

Yo le he visto entre las olas,
 con la mirada sombría
 en la soledad bravía
 de la azul inmensidad;
 ora retando altanero
 la furia del oleaje,
 ya del piélagos salvaje
 burlando lo tempestad.

Y en medio de la tormenta
 que agita huracán violento,
 se eleva su pensamiento
 á la región ideal;
 quizá llevando en su mente
 la imagen de alguna bella,
 que como fulgida estrella
 fué su aurora matinal.

Poco después ya respira
 la fresca brisa suave,
 que á las lonas de su nave
 grande impulso y fuerza da;
 y su proa cortadora,
 con rauda marcha agitada,
 corre á la región helada,
 ó ya al Africa se va.
 Por eso la ruda cuerda
 de mi mal templada lira,
 canta su arrojo que admira,
 y canta á su lealtad;
 porque la patria que adoro
 y sueña mi mente osada,
 es la región ignorada
 de la azul inmensidad.

Remitido por ISIDORO ALONSO.

EXAMEN DE ANÁLISIS GRAMATICAL

AL alumno Luis Galán
 le preguntó el profesor:
 Vamos, diga sin temor:
 ¿es nombre adjetivo pan?
 Luis contestó: En realidad,
 aunque parezca ridículo:
 pan es, sin duda, un artículo,
 de suma necesidad.

LEONARDO ORDOÑO.

EL BURRO

Compró á Juan un borriquillo
 su padre don Pedro Algorta,
 y estaba loco el chiquillo
 con su rucío animalillo.
 de alzada bastante corta.

Silla, riendas y bocado
 como á un alazán fogoso
 pusieronle de contado,
 y en él Juanillo montado
 fué el *sportman* más dichoso.

Siguiendo el manso animal
 al mando del mozalvete,
 era obediente y leal,
 formando un grupo cabal
 el asno con su jinete.

Pero un día aconteció
 que el burro una charca vió,
 quiso en ella revolcarse
 y el pobre Juan se enfangó
 lo que no es para contarse.

Así queda demostrado
 de una vez que grande ó chico,
 con estribos y bocado
 el burro mejor cuidado
 no deja de ser borrico.

M. DE DIEGO.

EL PICHÓN CASTIGADO POR SU INGRATITUD

Dos pichones vivían juntos en un palomar con una paz profunda. Henchían el aire con sus alas, que parecían inmóviles por su rapidez. Volaban el uno cerca del otro, huían y se perseguían alternativamente; ellos iban á buscar el grano á la era de algún labrador ó en los prados vecinos.

De allí volvían al palomar, blanqueado y lleno de pequeños agujeros.

Uno de ellos, cansado de los placeres de una vida serena, se dejó seducir por una loca ambición de hacer viajes.

Abandonó á su antiguo amigo, y partió por la costa de Levante; pasó por encima del Mediterráneo, y llegó á la Alejandría; de allí continuó su camino, atravesando terrenos, hasta Alepo.

Llega y saluda á los pichones de la comarca, que servían de correos reglamentarios, y envidia su felicidad.

Bien pronto se corrió la noticia de que un extranjero, atravesando países inmensos, ha llegado á Alepo.

Es colocado en el rango de los correos; lleva todas las semanas las cartas de un pachá, atravesando veinte ó treinta leguas en una sola jornada.

Está orgulloso de llevar los secretos del Estado, y se acuerda de su antiguo amigo, que vivía sin gloria en los agujeros del palomar.

Mas un día, sospechado de infidelidad por el Gran Señor, una flecha, tirada con destreza, le hirió mortalmente. Cae, y mientras le quitan la carta para leerla, expira lleno de dolor, condenando su vana ambición y enviando el reposo de su palomar, donde vive en seguridad su antiguo amigo.

Por la traducción,

MAURICIO GARCÍA ISIDRO.

CÓMO LLEVAN EL BASTÓN



Los niños.



Los del 'Uomo Club'



Los de la Arrendataria

HIRUDO MEDICINALIS

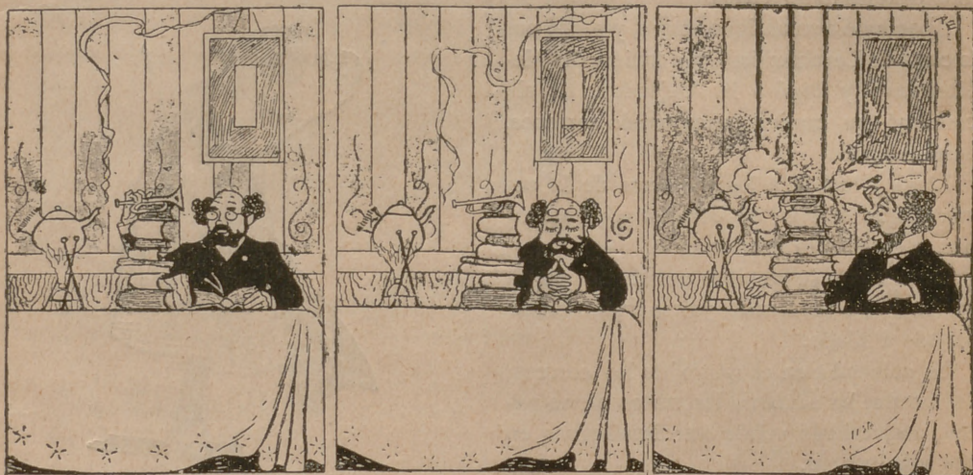
(CUENTO)

EL frío nos hacía temblar en los campos del pueblo más cercano á la villa de X..., levantado en el camino principal que conduce desde la citada villa á la ciudad de Z... Yo, como pobre zagalejo, iba sirviendo de guía á unos viajeros que se habían extraviado del camino y no sabían volver á la villa.

chaquetón de verano. Después de preguntarme que si tenía frío y otras muchas cosas, á las que yo contesté gustoso, se pusieron á hablar en un lenguaje que no entendía. Yo callé, y en cuanto llegamos á un arroyo que teníamos que atravesar, saqué de mi zurrón un bote de hoja de lata y me puse á coger unas cuantas sanguijuelas. Los viajeros se me quedaron mirando, y uno de los niños exclamó:

—¡Son *hirudo medicinalis*!

¡SIEMPRE EL CORNETINI!



Mi vecino D. Lucas Corchea, en todo el día deja de tocar el cornetín; y para mayor mortificación nuestra, en un momento que dió descanso á sus pulmones y á sus pacientes vecinos, con el vapor de la cafetera el cornetín comenzó á tocar solo.

—Si me enseñas el camino que conduce á la villa, te doy un real—me dijo un señor canoso que, por su aspecto, debía ser el maestro.

—Sí, señor; vengán ustedes—dije yo pensando en que solamente por andar un poco más de terreno aumentaba mi capital.

Ellos iban muy abrigados, y yo por todo abrigo llevaba un chaquetón que, según tengo oído, le sirvió al abuelo de mi padre como

—¿Y á qué orden corresponden?—preguntó el señor.

—A los anelidos apodos—contestó otro de los niños.

—Vamos, veo que os acordáis.

Yo no me pude contener, y exclamé:

—¡Pero si no se llaman así! ¡Se llaman sanguijuelas!

—Así las llama el vulgo; la ciencia las distingue con el nombre de *hirudo medici-*

nalis, cuyo nombre quiere decir sanguijue-
las medicinales. ¿Y para qué las cogéis?

—Porque en la botica del pueblo me las
compra el regente.

—¿Te las paga bien?

—No, señor; me da diez céntimos por la
docena; pero como no me cuesta nada el co-
gerlas, se las llevo.

—¡Ya! Parece, querido zagal, que voy co-
nociendo el terreno.

—Sí, señor; ya estamos cerca del camino;
mírele usted—y le señalé por donde podía
pasar á él sin ninguna incomodidad.

—Bueno; ya te puedes volver. Estando ya
en el camino, no te necesitamos; toma—me
dijo después de revolverse todo el bolsillo—
toma; no tengo suelto más que una peseta.
Adiós, zagalejo.

—Vayan con Dios los señores.

Y después de decir esto, salí corriendo
con la cayada al hombro y mirando con gran
alegría la peseta.

Llegué donde el rebaño; le metí en el re-
dil, y después de encargarle la custodia á mi
amigo *Fiel* (perro mastín), me dirigí á mi
casa para entregar la peseta á mis ancianitos
padres.

Nada tardé en llegar, y en cuanto entré
le dije á mi padre, entregándole la pe-
seta:

—Me he encontrado á unos señores que
se habían perdido y me ofrecieron un real si
les enseñaba el camino, y luego resultó que
no tenían suelto y me dieron una peseta.

—¿Y en el bote qué traes?—preguntó mi
madre, y mi padre contestó:

—Sanguijuelas.

Pero yo, no pudiendo contenerme, ex-
clamé:

—*Hirudo medicinalis*, decimos los hom-
bres de ciencia,

SANTIAGO DE LOSTAU.



EL día 23 de Mayo de 1085 fué conquistada la villa
de Madrid, que estaba en poder de los sarracenos.
Muerto Hiscen, califa de Toledo, le sucedió en el
trono Yahaya, hombre tan rígido y cruel, que tenía
oprimidos á sus vasallos, quienes deseosos de sacudir
aquel yugo, solicitaron de D. Alonso IV de Casti-
lla que rompiese cuanto antes las hostilidades con
el moro. Así lo hizo el castellano rey, que asistido
por sus aliados los de Toledo y el Cid Campeador,
pusieron cerco á la plaza y lograron arrancarla del
poder de los musulmanes. Acerca de la toma de Ma-
drid circulan numerosas versiones, sin que ninguna
tenga autoridad bastante para considerarla como de
mayor valor que las otras. Hay quien afirma que los
segovianos tomaron principalísima parte en el cerco,
y hasta citan nombres de los más arriesgados com-
batientes; pero según Quintana, la población de Se-
govia comenzó en 1088, ó sea tres años después de
la toma de Madrid. Y no habiendo habitantes en Se-
govia por el año 1085, en que pasó la madrileña villa
al trono de Alonso IV, claro es que no pudieron
asistir á la toma de ella. De la fecha que nos ocupa,
pues, data el engrandecimiento de la que hoy es corte
de la Monarquía, y entonces un lugar inmundo, ro-
deado de murallas y puertas, de las cuales ya sólo
queda en pie la de Toledo, por esta parte, adonde
menos ha llegado aún la obra higienizadora del Mu-
nicipio.

M.

CHASCARRILLO

Pepito acaba de entrar en la cocina, y cogiendo el
bidón del petróleo rocía con él su pañuelo.

Al verle, pregunta la cocinera:

—¿Qué haces, Pepito? ¡Vaya un perfume que echas
al pañuelo!

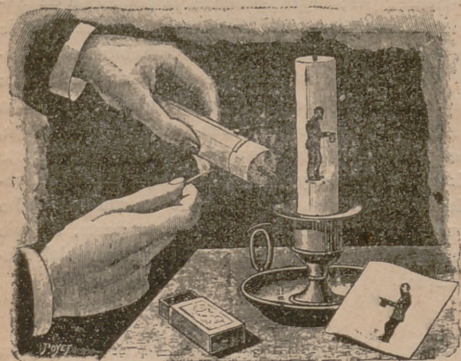
—¿No sabes? Cuando me suene en el colegio cre-
rán los niños que vengo de hacer un viaje en auto-
móvil.



BUJÍAS ILUMINADAS

ILUMINAR á las bujías parece que es el colmo del alumbrado. Pero en realidad no hay tal colmo, porque esa derivación del arte decorativo no tiene más objeto que el de adornar las bujías.

Para conseguir tal objeto, basta con transflorar (véase el Diccionario de la Academia) un dibujo cualquiera sobre un papel, ó, mejor dicho, una silueta cualquiera de menor anchura que el perímetro de la bujía. Recórtese la silueta y aplíquese la hoja de papel, ligeramente humedecida, sobre la vela, enrollándola.



Enciéndase una cerilla y ahúmense el papel y la vela. El resultado es fácil de prever: ésta, que solamente presenta al humo la parte donde el papel ha sido recortado, se ennegrece por dicha parte y reproduce exactamente la silueta, puesto que la hoja de papel se encarga de impedir que el humo manche el resto de la bujía.

Y eso es todo.



Vicente Luna.—Valencia.—ROSA Y AZUL me gusta mucho, sobre todo las historietas.

El club de *El Tirapié*.—Llanes:

Cuatro periódicos son los que nosotros tenemos: *Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro*, *Rosa y Azul* y *A B C*.

Tan amena é instructiva es la lectura que tiene, que su Revista entretiene y vale más que las tres.

Una cosa le pedimos, y es que publiquen en él pasodobles y habaneras para cuando no hay que hacer.

Manuel Roca.—Algeciras:

Me gustaba *Azul y Rosa* por lo bonito y chistoso; pero ahora *ROSA Y AZUL* me entusiasma más aún.

Los pasatiempos, bonitos; las historietas, graciosas; los cuentos, muy bien escritos; la Revista, deliciosa.

José Herrero.—Jetafe.—No he dejado de comprar ni un número, y espero con impaciencia los domingos.

R. Adúa.—Valencia.—Me gusta mucho *ROSA Y AZUL*, principalmente las poesías.

R. Díaz.—Valencia.—Los pasatiempos me agradan con delirio, aunque no tanto como las cartas ilustradas, pero ¡por Dios y María Santísima! no con solfa; la aborrezco. ¿Por qué? Pues porque no la entiendo (1).

Alfonso Mejías.—Madrid:

ROSA Y AZUL me entusiasma por sus cuentos é historietas.

(1) Bueno; pues yo me tomo la libertad de decirle que no es usted buen estudiante, porque las cartas ilustradas con solfa reúnen la ventaja de enseñar la música insensiblemente; la intuición es suficiente para suplir la sílaba ó palabra representada por una nota. Y acaso yo me equivoque; pero me parece esto más práctico que perder el tiempo en descifrar charadas. (*N. del D.*)



DÍA FELIZ 13

plantarse delante del coronel. Es un la-
brigo; mas no tiene aspecto de tal, y pa-
rece serio y facturno; pero cuando sonre,
su semblante se transforma, se ilumina y
no es el mismo de antes: es un gallardo
manejo.
—Buenos días, señor coronel!
El coronel lo mira y torna á mirarlo de
pies á cabeza, y luego le devuelve el sa-
ludo.
Y después le mira de nuevo sonriendo:
—¿Cómo has dormido esta noche?
—¡Mal!
—Pero... por última vez.
—Oh, sí—respondió el joven con una
sonrisa y un suspiro.
—Luego... ¿has encontrado los compa-
ñeros?
—Los he encontrado; pero he tenido
que rodar mucho. He reunido una quin-
cena. No he podido verlos á todos: algu-
nos estaban fuera de casa; pero deje el

DÍA FELIZ

9

drada, cerrado en la parte del camino por
rústica verja. Entre el camino y la casa
está el terreno cubierto de hierba, for-
mando como pequeño prado, rodeado de
alto seto y sombreado por cuatro corpu-
lentos castaños, que entrelazan sus ra-
mas. Las ventanas y las puertas se hallan
siempre cerradas. Al pasar por allí se oye
algunas veces por las ventanas del piso
bajo á un hombre que lee en voz alta;
pero por lo común reina profundo silen-
cio. Aquella casita solitaria, medio escon-
dida entre los árboles, cerrada, tranquila,
parece decir á los que pasan por delante:
¡chitón!

—Pero hubo un día, hace diez años, en
que se vió extrañamente transformada.
Desde la mañana, muy temprano, estaban
las ventanas abiertas y adornadas con
guirnaldas de campesinas flores. En la
ventana central ondeaba una bandera tri-
color, y otras cuatro más pequeñas en los

2

DÍA FELIZ

12

hacer corto á la puerta, gozan y se divier-
ten al escucharle, cuando él, señalando
con el dedo á una, y después á otra y á
otra, con aire melodramático dice que
sabe grandes secretos, y que hablará.
Y es un viejecito muy limpio y aseado,
de muy buen ver, y sus cabellos blancos,
suelos en largos mechones, sientan muy
bien á su frente bronceada. Tiene los ojos
grandes y de suave mirar, y cuando te
enseña dos filas de dientes blancos, que
en su tiempo mordieran sin mucho tra-
bajo los cartuchos.
Ha concluido de escribir; mira en tor-
no, y llama:
—¡César!
—Aquí estoy—responde una voz fuera
del emparrado.
Un mozo de unos veintiséis años, ves-
tido de gala, con un chaleco ramado y
una pomposa corbata de colores, bien
peinado, inclido y almbarrado, viene á

Pero, miradlo bien, no es uno de aquellos obhigados coroneles retirados que se ven en las comedias, todos cortados por el mismo patrón, con el bigote cerdosos, el entrecerjo truncado, la voz acatarada. No: es hombre apacible, tranquilo, de una alegría serena y siempre igual, como la tierra profunda manantial, de una juventud ordenada y una virilidad laboriosa y honesta; satisfacción que aumenta con los años, hasta convertirse para algunos en alegría casi infantil, y el coronel es uno de esos. Tiene modales y ademanes prontos y francos, como de joven, y conversación viva y llena de ingeniosa atabildad. Los niños se hacen en seguida amigos suyos, y sin más ceremonia alargan las manecitas para cogerle y tirarle de los bigotes, y las muchachas que vienen por la noche á

ángulos del emparrado. Muchos farolillos de papel de color, de los que en las iluminaciones se emplean, colgaban de las ramas de los cuatro castaños. En el reducido prado, á lo largo del seto, había mesas, sillas y taburetes, y en la carretera, delante de la puerta, miraba con la boca abierta un tropel de muchachos de aquellos alrededores.

¿Por qué todo este aparato?

Aguardad un momento; importa conocer primero al amo de la casa: se halla, bajo el emparrado, sentado delante de una mesa, y escribe. Temprano se ha levantado, como véis: no son aún las seis de la mañana.

No ha perdido los hábitos de la milicia. Era coronel; ahora está *retirado*, y pasa aquí, en la quietud de su quinta, los pocos años que le quedan de vida, porque es viejo, casi octogenario, y está muy acabado. Figuraos si el pobre habrá tenido vida atormentada: ¡de soldado á coronel!

recado, y vendrán. Y encontré cuatro ó cinco que no lo querían crear.—Pero ¡si nosotros no conocemos al señor coronel! ¿Cómo es posible que le haya ocurrido tal idea?, les contestaba.—¿Qué os he de decir?, les contestaba.—Le ha ocurrido porque es un hombre de corazón; por eso. Y no lo querían comprender aún, y decían:—¿Qué, pero si es una cosa que no se ha visto nunca!—Ya lo sé que nunca se ha visto; pero ahora lo veréis. Y tenía que explicarle que su merced es coronel, que me estima algo, por su bondad; que he sido soldado, que tengo que casarme hoy y que ha tenido la amabilidad de convidar á todos los mozos del contorno que han servido al rey, porque aprecia á los soldados, y de vez en cuando le place verse entre ellos, porque entonces se figura hallarse en medio de su regimiento; y aún les dije mucho más. Y una vez convencidos, brincaban de gusto, y no aca-

baban de darme gracias.—¡Si tuviéramos coroneles de estos todos los días!—exclamaban... Los he convocado para las cuatro de la tarde.

—Bien... ¿y te acordaste de decirles que vinieran con uniforme militar?

—Se lo dije.

—¿Y qué contestaron?

—Rieron; pero ofrecieron que vendrían como quisiera su merced. Algunos no tenían todas las prendas. Poneos lo que tengáis, les he dicho.

—Claro es. Luego... Oyeme ahora; siéntate.

El muchacho se sentó.

—En estos tres días, desde que has venido, no he podido pillarte una hora solo, así como te tengo ahora, para que me cuentes, punto por punto, todo lo que ha pasado en este negocio... que hoy tiene que ultimarse. Por las cartas he comprendido algo; pero no todo: quisiera saber las



TARJETAS por Gil Farrán.



Buscad en la primera el nombre y apellido de un conocido escritor, y en la segunda el título de una zarzuela.

JEROGLÍFICO por L. Ordoño.

Mediterráneo C LO

CHARADA por J. M. Roselló.

En el billar *dos tercera;*
prima, nota musical,
y el calendario el *total*
dará al que acertarlo quiera.

ADIVINANZA por E. Lasala.

¿En qué se parece un tren á una manzana?

CHARADA por M. Fraile.

Prima dos es animal
y *dos primera* verbal.

JEROGLÍFICO por J. Muñoz.

B Tar

Q

SOLUCIONES

Al jero glífico por L. Bustos: GASPAR.—Al rombo por N. Bizcarrondo: R; DAR; RAMON; ROS; N.

F. Ledesma.—Aranjuez.—Admitido.
T. Ruano.—Montoro.—En la Administración le contestarán respecto á lo que propone. Los pasatiempos irán. La carta no sirve. Envíe otra.
J. G. Ramírez.—Entra en turno.
D. González.—Miranda.—¿Conque desea usted que publique algo de lo que envía? Pues allá va, y que Dios nos perdone:

Quisiera permanecer
de mi patria á su lado,
contemplando embelesado
como se contempla al ser
más puro y más mimado.

¿Continúa? ¡Ah! La carta ilustrada no sirve, por las razones ya expuestas en el número 10.

M. Albarrán.—Palencia.—Después de leer su poesía me he quedado petrificado como Layo. Irán los pasatiempos.

L. Castro.—Avilés.—Efectivamente, mi deseo es complacer á todos. Publicaré el cuento y el dibujo.

L. Ordoño.—Madrid.—Digo por centésima vez que por ahora no publicamos pasatiempos ilustrados.

R. Portillo.—Idem.—Creo haberle dicho que *Los huerfanitos* no pueden insertarse en la Revista. Puede usted recoger el original cuando guste.

M. Moncó.—Idem.—Trabaja usted mucho y eso me satisface. Tengo en estudio el laberinto.

M. Fraile.—Idem.—*Los huerfanitos* le han salido desiguales. Admitidos los pasatiempos.

R. F. Cantueso.—Pueblo Nuevo.—Envíe lo que guste. Se publicará el de ahora.

A. S. de la Escosura.—Madrid.—Se publicará.

J. M. Jiménez.—Pamplona.—Siento mucho no poder complacerle. En otra ocasión será.

J. Poblet.—Se publicará.

J. M. Mazario.—Madrid.—Amigo del alma, envíe otra cosa. Ese pasatiempo ya se ha publicado.

PARA LOS NO SUSCRIPTORES

Cupón regalo núm. 6.

La presentación de 52 cupones con la numeración correlativa da derecho á un magnífico mapa de España.

ROSA Y AZUL
(Todo para niños)

Jardines, núm. 15
MADRID



FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

Los señores Maestros y Libreros obtendrán descuentos proporcionados al importe del pedido.

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA

ESCUELA MODELO DE MADRID

de tan brillantes resultados,
 y proclamado por los señores Maestros.

Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada.....	0,15
Lengua castellana.....	0,15
Aritmética.....	0,15
Geografía é Historia.....	0,15
Rendimientos de Derecho.....	0,15
Nociones de Geometría.....	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales.	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana.....	0,15
Agricultura.....	0,15
Industria y Comercio.....	0,15

CATECISMO

RIPALDA Ó ASTETE

	Precio neto del 100.
Litografía en negro.....	3 ptas.
Negro y plata.....	3 »
Cromo con oro.....	3 »
Cartoné negro y plata.....	6 »
Lujo tapas doradas.....	7 »

Pidan tarifas de precios y condiciones al depósito general del *Método de lectura El siglo de los niños*, calle de Jardines, 15, Madrid, Sra. Hija de Gómez Tutor.

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 88.—MADRID

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

PAPILLA PARA LA BABA, EN LÍQUIDO



Las madres la conocen por sus efectos, y sus hijos la toman con avidez. Frasco, 0,50 y 1 peseta. Para provincias tenemos la *Papilla* en polvo, caja con 10 papeles, que vale 2 pesetas. Para su uso y demás instrucciones léase el prospecto. Desconfíen de las imitaciones, porque la

verdadera *Papilla*, única y exclusivamente se despacha en esta casa.

Oficina de farmacia de D. Luis Fornés Grimalt
 San Bernardo, 70, Madrid (frente al Noviciado)

SASTRERIA EL INFANTE NIÑOS

26, PRECIADOS, 26



- Trajes dril, desde.... 2 ptas.
- Lana y vicuña..... 5 »
- Gergas y estambres... 10 »
- Piqués superiores.... 8 »
- Alpacas elegantes... 15 »

Cuellos novedad, chalinas, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.

VINO DE PEPTONA ORTEGA



MARCA REGISTRADA

Para convalecientes y personas débiles es el mejor tónico y nutritivo. — Inapetencia, malas digestiones, anemia, tisis, etc.

LABORATORIO-FARMACIA DE ORTEGA:

MADRID.—18, LEÓN, 18.—MADRID